

Querida madre:

La verdad, desearía estar ahora mismo contigo, o en cualquier otra parte, lejos de aquí, de mi marido y de esta prisión donde me encuentro, encerrada desde el día de nuestra boda.

Echo de menos los rodajes, la libertad de poder ser yo misma, Hedy, esa joven que tú conociste y poco a poco se marchita. Añoro enormemente los días de rodaje, aquel cosquilleo antes de cada escena, pero, sobre todo, antes de un estreno. ¡Dios, Madre! Daría lo que fuera por que regresara aquella Hedy que corría sin ropa por la campiña checa y llegaba a millones de ojos, reivindicando la libertad de la mujer, esa libertad de la que hoy yo misma carezco.

He dudado mucho en escribirte esta carta; quizás ni siquiera la envíe, porque no quiero que tú seas también víctima. Quiero que disfrutes de tu vida, tal y como me has enseñado a mí. Al menos sé que con esta carta podré desahogarme y plasmar aquí las palabras que no puedo compartir con nadie.

Desde que me casé, mi vida se ha convertido en un auténtico infierno, en una cárcel a la que no encuentro salida. Si para algo me está sirviendo esto, es para darme cuenta de la importancia de tener pensamiento propio y no dejar que nadie imponga en tu cabeza ideas que no compartes. He decidido, por eso, que voy a retomar mis estudios, no sé cómo, pero lo haré. De este modo, cuando abandone esta casa, esta vida que me ha robado la mía, podré hacer algo: algo grande. Porque ambas sabemos que dentro de esta cabecita mía hay algo que le mundo debe conocer.

Friedrich, el hombre que me arrebató la alegría, las ganas de vivir y está acabando poco a poco con todo lo que soy, o mejor dicho, era, es el mismo

hombre al que vosotros le disteis un día la mano y con ella mi libertad. No hay día en el que no desee terminar con este sufrimiento arrojándome por cualquier ventana de la casa, pero ni para eso tengo intimidación. Él no lo permitiría, claro que no: “No seas egoísta, Hedy. ¿Qué pensarán todos de mí, si haces semejante cosa?. Venga, deja de tontear”. Casi puedo escuchar sus palabras. Mi vida apenas le importa, sólo mantener la apariencia ante toda esta gente que entra a diario en casa. Piensa que soy una ilusa, una ingenua, que no me entero de lo que sucede, pero lo hago madre, lo hago. Yo no encajo aquí. Claro que no. Ayer mismo cenó con nosotros Hitler. Sí, Hitler, Madre. Yo apenas pude probar bocado y mis oídos se cerraron en cuanto abrió la boca. Pero esto no es lo peor. Sólo es el principio de un relato que ocuparía miles de hojas. Ahora no tengo tiempo para hacerlo. En el momento que escuche como la puerta se abre, terminaré esta carta y la esconderé hasta encontrar el momento de enviártela.

No quiero que te preocupes por mí. Sabes que soy fuerte; tampoco deseo que hagas nada. No podrías. Escribo esto para desahogarme y para que conozcas, aunque duela, lo que estoy viviendo. Así cuando todo acabe, podremos charlar juntas de estas penalidades pasadas.

Supongo que ya lo sabrás, pero t

Hedy Lamarr

8 de noviembre de 1934

Berta Manteiga